

Iván Graciano Morelo Ruiz

Camino de la memoria: cantos

· poemas reunidos ·



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020

Unidos por la Cultura

Modalidad: El Almacén de las Palabras

CAMINOS DE LA MEMORIA:
CANTOS

· poemas reunidos ·

ISBN 978-958-49-0934-3

©Iván Graciano Morelo Ruiz

©Nuevas Voces Editores

Editor: Camilo Restrepo Monsalve

Diseño de carátulas: Manuela Salinas Sierra

Diagramación: Camilo Restrepo Monsalve

Desarrollo de la aplicación PoetApp: Juan Felipe López

La presente plaquette se realiza con autorización del autor, su fin es divulgativo, pertenece a la Colección Yarumo de PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña. Descarga la aplicación PoetApp en el AppStore y disfruta de su versión electrónica.

Proyecto apoyado por el Instituto de Cultura y Patrimonio de la Gobernación de Antioquia, a través de la Convocatoria de Estímulos 2020, Unidos por la Cultura, Modalidad: El almacén de las palabras.

Iván Graciano Morelo Ruiz

CAMINOS DE LA MEMORIA: CANTOS

· poemas reunidos ·



Colección Yarumo

PoetApp: biblioteca portátil de poesía antioqueña

Nuevas Voces Editores

CANTO I: A PEDRO

Después del destierro
he regresado a rehacer el rancho,
a envigarlo con madera de parasiempre,
a techarlo con palma amarga.

Lo habitaré sin la compañía
de Cristóbal, Marta, Pedro y Raquel,
y no me pregunten cómo murieron.
Lavé la sangre esparcida en el patio sobre las hojas secas
del mango,
borré los panfletos amenazantes pintados con odio
en las puertas y paredes.
En su lugar escribí con tiza blanca versos a Cristóbal,
Marta, Pedro y Raquel.
Recogí los casquillos de bala, los fundí e hice con ellos
una copa
para beber en ella sorbos amargos, la ausencia de
mis amados,
como un ritual de comunión con Cristóbal, Marta,
Pedro y Raquel.

CANTO II: EL PATIO

En mi tierra
ahora otros son los linderos, los alambres de púas
—donde quedó engarzada mi camisa, bandera raída
de mi cuerpo —
invaden el patio del rancho
que una noche tuve que abandonar corriendo por entre
el monte
hasta llegar a Babel,
caótica ciudad de lobos con piel hombre.

Ahora retorno y los caminos para ir adonde los vecinos,
al río, al palo de mango, ya no los encuentro.
A sangre y silencio, otros senderos se han abierto
y arriba el cielo cerró su gran párpado azul.

Ya no cantan los pájaros gulungos sus chamánicos himnos
a la tarde.
Solo se oye el graznido de aves de rapiña,
y un eco repetido de ultratumba:
es la sombra de mi perro Ruffo que aúlla profecías,
y ladra advertencias cada que oye pisadas de botas en
el patio.

CANTO XXVI: AL MAR DEL GOLFO DE URABÁ

Yo no sé qué tiene ese mar, ese mar ya no es de los niños,
y se va a morir de pena con sus plegarias sordas a
la arena.

Yo no sé qué tiene ese mar, los niños no lo pintan,
no lo cuentan, no lo escriben, no lo cantan.
Yo no sé qué tiene ese mar,
donde yacen bocabajo conchas marinas
que en otros tiempos exhibían su nacarado esplendor,
ahora las envuelve un barro oscuro.
Yo no sé qué tiene ese mar,
los niños prefieren bañarse con aguas profundas
—Cuántos ahogados en el pozo profundo del patio—

Yo no sé qué tiene ese mar, que guarda secretos bajo
la arena:

ascuas del incendio de mi piel y la de ella,
sudando sal y sudor de macho y hembra,
hasta quedar acezantes, trenzados los cuerpos,
molidos los huesos, ardiendo la piel.

Yo no sé qué tiene ese mar,
que tantos muertos desmembrados nos ha traído y,
rebotando en Playa Silencio, se ha vuelto a llevar parte
por parte.

Yo no sé qué tiene ese mar donde naufragan, engolfados,
ciertos días de mi infancia en una canoa de espuma y sal.
Yo no sé qué tiene ése... mi mar del golfo.

CANTO VII: FLAUTISTA

Aquí estoy a la sombra del mango florecido de recuerdos,
frente a los restos de Cristóbal, Marta, Pedro y Raquel.

Aquí estoy a pesar de los rumores de que ya cavada
mi tumba está.

Traje yerbas medicinales para curar
la artritis en los huesos de mis muertos,
flores de monte para perfumar la tierra que los cobija.

También traje una canción que en sueños aprendí,
bajo este árbol celebraré la victoria del amor
con la música terrígena de esta flauta:
el fémur izquierdo de mi hermano mayor.

CANTO XIV: INSTRUCCIONES

Si no te gusta tu nombre,
te propongo las siguientes instrucciones para tener
uno nuevo:

Madrugando a hacer un viaje por un río sin nombre,
camina descalzo entre árboles sin nombre,
escucha el canto de pájaros sin nombre, una canción
sin título.

Come una fruta madura sin nombre,
lee un selecto poema anónimo, un libro desconocido
que te guste.

Al final de la tarde, estarás contento con tu nombre.

CANTO X: CONJURO

Señores,
sé que están de prisa,
y antes de desgajar esta vida,
tendrán que escuchar algunos de mis poemas,
únicos conjuros contra la matanza.

CANTO XIX: EXILIO

Supe que mi padre partió entre flores de heliconias,
con una sonrisa triste entre labios,
ocurrió durante mi exilio.

Ahora, a mi regreso,
escucho en el cementerio a los pájaros bebehumo,
en cuyo canto, está la memoria de don “Jaso”, mi padre.

FILOSOFÍA

Ahora, ¿quién de ustedes me va interrogar?
Un joven se levanta,
apuntándome con un arma, y dice:
Nosotros no sabemos filosofar.

CANTO IV: CELEBRACIÓN

Esta mañana no da para el silencio.
Los pájaros recrean con su canto,
la memoria del poeta José Manuel Arango,
y yo también celebro con los azulejos:
Esta mañana no da para el silencio.

CANTO XXV: ABAUELO

Mi abuelo Benigno, de niño, me repetía,
escucha mi nieto:
la casa de tus palabras es tu boca,
procura que de ella salgan frases luminosas.
Mis oídos—continuaba mi abuelo—son otra casa
de tus palabras,
y con el paso de los años,
se han acostumbrado a escuchar mi propio silencio,
morada de tus pensamientos y preguntas, mi nieto.

CANTO VII: ABUELA

Mi abuela Cándida Rosa, me decía:
el orégano sirve para sazonar carne, aliviar el dolor
de oído,
palabras que conservo desde mi niñez.

Tiempo después supe por qué las cigarras,
los grillos, las ranas,
armaban la bullaranga
ocultas entre las ramas de la mata de orégano
que mi abuela Isabel había sembrado en una bacinilla
rota.

Yo era quien abonaba la mata con tierra negra y fértil
traída del monte,
tierra pisoteada por la barbarie.

Aquella misma tierra,
donde moran los sueños de mi infancia,
entreverados con hormigas, hojas secas, larvas,
raíces y huesos con memoria:
de Cristobal, Marta, Pedro y Raquel.

CANTO XXVII: LA MESA DE CHOIBÁ

A la hora de los comensales, cuando llovían goterones
de sol
por entre las hojas de los árboles del patio,
mi madre nos llamaba a la mesa
floreceda de viandas olorosas y humeantes.

La vida, entonces, tenía sabor a bocachico plateado.
En las comilonas exuberantes de cada semana santa,
dioses de los ríos San Jorge y Sinú,
llegaban hasta la casa a participar del ritual de la mesas.

Madre Milda, servía los platos
sobre una mesa de patas con pezuña hendida,
como de animal mitológico,
mesa de choibá que mi padre labró una larga tarde
con su filosa rula,
para no dejarse morir de la tristeza
causada por el destierro de mi hermano mayor,
que nunca más volvió.
Recuerdo con el olfato el olor escapando de la olla
y pregonando
por los caminos veredales de mi tierra odas
a los alimentos,
al tiempo que los vecinos cantaban conjuros al arroz
campesino,

al pavo y a la gallina, a la cebolla, al ají, al achiote,
a la hicotea, al coco, a la pimienta picante y al orégano,
a la yuca y al queso, al ñame y al suero.

La cocina era entonces un templo sagrado adornado con
efigies sustanciosas: cabeza de cerdo ahumado,

medallones de carne salada,

ajos, queso, ajíes y berenjenas.

Mi madre, la sacerdotisa, nos bendecía cada día

con sus prodigiosos guisos.

Amén.

CANTO XXI: MEMORIA

Las playas de Uveros y Damaquiel
me traen la espuma lejana del recuerdo.

Un día de marzo,
apareció ante mis ojos, al parecer, el cráneo de mi abuelo
Benigno.

Flotaba al vaivén de la marea y por sus orificios
asomaban caracoles la cabeza.

Mi abuelo había sido en otros tiempos navegante, y en sus
travesías comerciaba pepas de tagua y troncos de madera.

Al regresar me contaba historias asombrosas
de mar adentro,
como la vez que disolvió una tormenta en brisa serena
con un rezo que solo él conocía
y usaba, también, para hacer que los peces saltaran
dentro de la canoa.

Yo creí que el viejo capitán
había regresado a narrarme otra de sus historias, una de
sus fabulosas aventuras de ultramar, pero se las reservaba.

Después del largo silencio del cráneo de mi abuelo,
decidí entonces contarle a él la siniestra historia de
mi prima Raquel,

la que torturaron, asesinaron en un siniestro acto de
adiestramiento de terror en mi tierra:

Su cabellera frondosa, dejaron colgada en lo alto de una
palma de coco, agitada por el viento del olvido.

—Mi prima, aún navega en mi sangre—

El mar, se había tragado el cementerio de Uveros
y Damaquiel

creando gran alboroto de huesos en sus aguas,
en la playa un cangrejo azul cargaba pesadamente la
dentadura postiza con un diente de oro que le robó
al cráneo de mi abuelo Benigno.

Al final de la tarde,
la marea se llevó mar adentro a mi abuelo con la historia
que le conté
encajada en la memoria.

MÚSICA

I

Atendiendo un llamado desde el origen lejano,
comienzo el recorrido por los antiguos caminos
de la selva.

La tarde-noche se desvanece en sombras sobre
la Amazonia,

pájaros míticos cuelgan sus cantos
en los invisibles pentagramas del aire húmedo.

—No voy solo—.

Un joven músico del pueblo ocaina-uitoto
toca el maguaré para celebrar la abundancia que ofrece
el río Amazonas.

En el centro de la maloca, al compás festivo que marca
el sagrado instrumento,
danzo en armonía tierra-cosmos con mi guía espiritual,
Anastasia Candre Yamacuri.

II

El músico también interpreta una melodía antigua
usando el caparazón vacío de una tortuga charapa:
el tiempo del nacimiento de la selva se hace música,
y mientras danzo con la sabia mujer ocaina
en el círculo sagrado marcado con hojas del árbol lupuna,
ella me va descifrando el canto.

III

Luego el joven toca el tambor con piel de jaguar,
del que mana una música viva, fiera,
para conjurar los peligros de la noche
e invocar los seres protectores de la selva
(tambor al que, una vez utilizado, se le libera su piel
y se oculta entre la selva hasta el próximo toque).

IV

Con la danza felina en la que participo,
ritual cosmogónico,
la comunidad agradece a la Madre Tierra, a la lluvia,
al río, a la savia, a las semillas, a los árboles que ofrecen
sombra,
alimento y nido a los pájaros que disfrutan el silencio
con sus cantos,
llenando de armonía mi corazón de fuego
y el de Candre Yamacuri.

CURACIÓN

Moribundo,
el joven indígena del pueblo ocaina uitoto,
es llevado en hamaca ante el abuelo curandero.
Quienes lo auxiliaron,
contaron que lo hallaron en la selva,
al lado de un perro, también herido;
ambos habían sido atacados
por mensajeros de la muerte,
enviados por expropiadores de tierras extranjeros.

El sabio Medardo,
lo hace llevar de nuevo al lugar donde fue hallado:
en ese mismo lugar está la cura, dice.

—Aquí en este poema también puede estar la sanación—

El abuelo me invita a que lo siga,
caminando con cautela entre la selva.
El abuelo curandero me enseña a recoger barbas
de raíces curativas,
cortezas y hojas de árboles sembrados por pájaros
planta semillas.

—El perro da vueltas alrededor del herido trazando
un círculo—

El taita Medardo mastica todo junto,
entre rezos que sólo él sabe,
luego,
escupe una pasta verdosa sobre las heridas del joven
lastimado.

El herido permanece acostado
bajo el ramaje de un árbol anciano, el lupuna,
donde habita el espíritu de Chuyachaqui.
Durante el largo sueño producido por el mazacote
curativo,
el joven escucha cantos en lenguas desconocidas
u olvidadas.

El taita me dice que esté atento.
—El perro ladra con ferocidad,
algo husmea entre la hojarasca—.

Al despertar el joven bajo la fronda del lupuna,
pronuncia palabras que nadie en la comunidad ocaina
comprende,
excepto la joven hija del anciano,
Candre Yamacuri,
quien las entona acompañada del maguaré,
instrumento chamánico de la comunidad ocaina uitoto.

Esa noche hubo celebración de sanidad:
entre los cantos de la joven mujer, el sabio Medardo
y la música del instrumento ancestral,

así expulsaron a la muerte
fuera del círculo de la maloca.
El joven guerreo se levantó sano,
con su corazón de fuego dispuesto
a la defensa de su pueblo originario del Amazonas.

CANTO VIII: EL DÍA ESTIRADO

Los días eran cortos,
no queríamos que la noche llegara
con sus sobresaltos y pesadillas,
y mi madre tempraneando los alargaba.

Ella era la primera en levantarse
con el sol brillando entre los dientes
y un canto tristón en la garganta,
al tiempo que ocupaba sus manos en los oficios:
preparaba el café,
barría el patio para espantar la tristeza
agazapada entre las hojas secas
del palo de mango,
preparaba el desayuno,
me servía primero a mí por ser el menor,
lavaba los platos y la ropa,
nos despiojaba,
cuidaba el huerto
y atendía el llamado de las aves de corral.
Cuando llegaba la oscuridad,
nadie quería cerrar los ojos.
Mi madre sabía que estábamos nerviosos,
y sin demostrarnos inquietud
nos narraba el cuento
de una mujer que estiraba el día contando historias.

Mis hermanos se dormían arrullados,
mientras yo simulaba roncar
para escuchar los pasos en puntillas
de mi madre hacia la cocina,
a preparar dulce de mango
para ahuyentar la amargura
que los gallos pregonaban cada mañana.

CARAVANA

En el umbral de la casa,
las puertas y ventanas, batiendo las alas,
despiden las caravanas humanas que parten hacia el
exilio.

En las tablas de cada puerta, de cada ventana,
se quedan, escritas con el carbón de las aterrorizadas
noches que ardieron alrededor de la casa,
las palabras abuela, hermano, perro, mango.
Marchan hacia ningún lado los nombres sin tierra,
sin trabajo, sin futuro.

Huye en la lengua del poeta la palabra poesía,
queriendo imaginar nuevos caminos,
atravesando paisajes de nombres muertos,
letra a letra unos encima de otros;
se dirige hacia el país donde todo huye de sí mismo
y se persigue a sí mismo.

El poeta se ha marchado en el éxodo reciente,
en su mochila de cabuya lleva unas hojas en blanco
y unas semillas de mango.

Necesita renovar su nombre, su traje descolorido,
su paisaje y su palabra poética.

Exiliado de la tierra que lo parió,
camina hacia la fría imagen que proyectan los reinos
efímeros.

Sólo los árboles, aunque desconocidos para el poeta,
lo acogen
en su cálida sombra olorosa a vientre de madera dulce.

En aquel lejano reino,
de ásperos perfiles, tierra agreste,
se yergue una arboleda de mangos:
Guacamayas y multitud de pájaros
celebran allí el banquete del mango maduro.

El poeta nunca supo
que había fundado, sin pensarlo,
una nueva tierra,
sin puertas, sin ventanas,
sin nombres propios.

TRAVESÍA

Nadie puede huir de sí mismo.
El niño ciego,
parte hacia la gran Babel
en busca de alguna luz remota,
va de la mano de su madre
y a lo largo de la travesía,
el asfalto ha devorado parte de sus nombres.

Cruzar las fronteras portando sueños extranjeros
los ha convertido en sospechosos;
llámalos en público “hermanos”,
así la luz de tus palabras
guiará a los desarraigados,
les hará recobrar las letras calcinadas de sus nombres,
sus sueños,
expulsará al fantasma que los acompaña
detrás de sus miradas.

Volverán a nuevos campos,
pero con cicatrices en la memoria.
El niño ciego regresará con la luz de la palabra ‘hermano’
refugiada en su corazón.

ÍNDICE

CANTO I: A PEDRO	· 7 ·
CANTO II: EL PATIO	· 8 ·
CANTO XXVI: AL MAR DEL GOLFO DE URABÁ	· 9 ·
CANTO VII: FLAUTISTA	· 11 ·
CANTO XIV: INSTRUCCIONES	· 12 ·
CANTO X: CONJURO	· 13 ·
CANTO XIX: EXILIO	· 14 ·
FILOSOFÍA	· 15 ·
CANTO IV: CELEBRACIÓN	· 16 ·
CANTO XXV: ABAUELO	· 17 ·
CANTO VII: ABUELA	· 18 ·
CANTO XXVII: LA MESA DE CHOIBÁ	· 19 ·
CANTO XXI. MEMORIA	· 21 ·
MÚSICA	· 23 ·
CURACIÓN	· 25 ·
CANTO VIII: EL DÍA ESTIRADO	· 28 ·
CARAVANA	· 30 ·
TRAVESÍA	· 32 ·



Fotografía: Jeniffer Ocampo

Iván Graciano Morelo Ruiz (Arboletes-Antioquia, Colombia, 1967). Originario de un contexto rural afectado por la violencia. Su espíritu se encuentra profundamente enraizado en su tierra, en su historia ancestral, manifiesto a través de un lenguaje poético conversacional, rico en elementos simbólicos y concretos. Iván Graciano comprendió desde temprana edad que el compromiso del escritor (así como de cualquier conocimiento) va más allá de una opción que se deba tomar o no, sino que es un deber ético ineludible desde su perspectiva como colombiano. Su trabajo poético, así como sus acciones en comunidad, se haya atravesado por esta visión. En este sentido, los temas que conforman sus libros de poesía son investigaciones en torno a distintas problemáticas sociales (sin excluir las dimensiones individuales), en donde propone ideas propositivas acerca de dichas problemáticas. Otro tema recurrente en su trabajo poético, es la reafirmación de las culturas originarias, su pensamiento, cosmología y prácticas sociales. Actualmente se encuentra trabajando en un nuevo libro de poesía titulado *Libreta del inmigrante*. El poeta Iván Graciano afirma tener dos patrias, la vereda La Mu-

grosa donde tiene sus raíces creciendo, y México, país de grandeza y belleza, país de corazón de fuego como el jaguar, sí mismo como el del Poeta Iván Morelo Ruiz quien recientemente—año 2020—obtuvo el premio nacional otorgado por el Ministerio de Cultura de Colombia, con el libro de poesía: *Por los caminos del jaguar y la anaconda: cantos a Candre*.



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña
Colección Yarumo



NUEVAS VOCES



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

